

¿Mental?*

Éric Laurent

*Delegado General de la Asociación Mundial de Psicoanálisis,
Analista Miembro de la Escuela (AME) de la Asociación Mundial de Psicoanálisis,
de la École de la Cause Freudienne (ECF), de la New Lacanian School (NLS),
de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis (ELP), de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL),
Escola Brasileira de Psicanalise y de la Nueva Escuela Lacaniana - NEL*

Nada es máspreciado que la salud mental. Conocemos la anécdota que relata Freud en su obra *El chiste y su relación con lo inconsciente* de un pobre judío de Viena, Hirsh, que toma el tren para Karlsbad y sus aguas termales. Está en el tren y no tiene boleto. El guarda lo intercepta y le pide que baje del tren. Lo hace y vuelve a subir enseguida a otro vagón. Lo agarran, el guarda le pega y lo echa del tren. Sin embargo vuelve a subir, el guarda lo muele a golpes, etc. Así continua durante un cierto número de estaciones. Al cabo de algunas paradas agitadas, por el mismo episodio, se cruza con uno de sus amigos de Viena que había logrado no ser descubierto por el guarda y que le pregunta: “Pero ¿qué haces aquí?”, y Hirsh responde: “Voy a Karlsbad a tomar baños termales, ¡si mi salud me lo permite!”

La salud mental, es un poco eso. Es permanecer en el tren si nuestra salud mental nos lo permite. La relación entre Hirsh y el guarda nos señala algo profundo: que indiscutiblemente la salud mental existe, pero tiene poco que ver con lo mental, y muy poco con la salud. Tiene relación con el Otro, y con el silencio. La salud mental es lo que asegura el silencio del Otro, así como la salud es el silencio de los órganos. Jacques-Alain Miller situaba esto diciendo que la salud mental es ante todo una cuestión de orden público. El *Witz* freudiano señala esta relación al otro del control, decisivo en todas las cuestiones de salud, mucho antes que nos agotemos en querer controlar los presupuestos. Pero también es necesario tener en cuenta esto: en lo que concierne a la salud, el orden público está desplazado por el nuevo estatuto del amo. El nuevo amo está preocupado por las mediciones. Cada vez más los nuevos políticos se centran en la publicación de cifras, índices y sondeos, considerando el resto como retórica y pequeñas frases. Es un uso de las matemáticas sociales muy diferente al de las Luces, donde Condorcet veía a la ciencia matemática esclarecer los *impasses* del proceso electoral.

El amo antiguo no estaba en absoluto preocupado por las cifras; él enunciaba el orden del mundo. Si una mina de sal producía más de lo que habían establecido los mandarines, urgentemente se la cerraba por el bien del Imperio. Asimismo, el amo del Antiguo régimen no se preocupaba por los sujetos y su salud, sólo se preocupaba por la suya, la del reino venía por añadidura. Es con las Luces, luego con los Derechos del Hombre, que se introduce la preocupación por la salud, y la salud mental. A partir de ese momento el saber considera la organización social, la crítica y la cifra. Desde entonces no deja de trastornar al amo. El saber hace surgir posibilidades -posibilidades de vida y de sobrevivida-, de las cuales nadie sabe la utilidad. ¿Es bueno, es malo? Los comités de ética intentan apreciar, evaluar, dividir estos efectos en tonos compatibles no sólo con el amo, sino con la vida. Es necesario seguir detalladamente el embarazo de las definiciones con las que el amo intenta utilizar la ciencia y sus procedimientos para ceñir lo que es deber de Estado en la salud, es decir para legitimar su descompromiso. El Estado contemporáneo, profundamente endeudado, propone una nueva definición del horizonte democrático prometido al ciudadano. Ya no se trata más de

asegurar la felicidad ni el bienestar social (*Welfare*), es necesario ahora limitarse a lo que tiene un efecto científicamente demostrado. En lo que concierne a la felicidad no es mucho. Sin embargo, el amo quiere estar justificado al limitarse a lo que está de este modo reducido, y privatizar el resto.

El psicoanálisis, tolerado entre las dos guerras mundiales en el concierto de las técnicas terapéuticas, fue requerido después de la guerra por los ideales de prevención. Un informe célebre redactado para la Organización Mundial de la Salud por el psiquiatra y psicoanalista heterodoxo John Bowlby iba a hacer aceptar que una de las causas esenciales de las enfermedades mentales estaba enlazada a la falta de cuidados maternos del niño. El representante del psicoanálisis había encontrado la clave: era la madre. Esta fue transformada en aliada de peso en el dispositivo general del Estado. Toda la posguerra está marcada por la creación en los Estados industrializados, de instancias de cuidados maternos: centros de orientación infantil en Inglaterra, CMPP en Francia; en los Estados Unidos centros de consulta (*Clinics*) en el ámbito de los Estados, incluso de las Municipalidades, sin alcanzar el nivel federal. El género literario de los “Consejos a las madres” fue considerablemente renovado por los psicoanalistas que, desde Winnicott a Betelheim pasando por Anna Freud y los alumnos de Melanie Klein, escribieron guías prácticas para ser usadas por las madres salteándose a la autoridad pediátrica.

Es claro que la Madre, como la piensa el Estado, está en peligro. La OMS ya no cree que la causa esencial de las enfermedades mentales sean los malos cuidados maternos. No se ve, por otra parte, como esta perspectiva no culpabilizaría a las madres, y si se las culpabiliza, es necesario aliviar esta falta con ayuda. El sostén de las madres cuesta muy caro. Ahora no se trata ya de ayudar, sino de promulgar una Carta Internacional de los Derechos del Niño, y de confiar luego a la justicia la inquietud de intervenir cuando los cuidados maternos son distorsionados. No se habla más de niños mal cuidados por su madre, se evoca el maltrato de los niños y se los confía a instituciones cuya definición es más asistencial que científica, lo que autoriza a emplear antes un personal educativo que un personal altamente calificado, y por consecuencia oneroso.

En el mismo movimiento es necesario inscribir las nuevas consideraciones jurídicas sobre el padre. Uno ve aparecer una suerte de Comité de defensa de una especie en vías de extinción: el padre. Uno recuerda todo el bien que él le hace al niño. Los técnicos de la procreación artificial devolverían con urgencia un “Derecho al padre” que pondría al abrigo de las psicosis y otros problemas que tocan a la enfermedad mental. No es seguro que pueda existir un derecho al padre, ni tampoco un derecho al amor. Sin duda las ficciones jurídicas que constituyen el sistema de parentesco de las sociedades complejas juegan su papel, pero la incidencia en el inconsciente del sujeto de la cuestión del padre no se agota con la consideración de su estatuto jurídico. Freud situaba muy bien en *El malestar en la cultura* el alcance de la nostalgia por el padre -*Vatersehnsucht*. Sean cuales fueren las medidas de derecho que se tomen, no habrá jamás bastante padre -siempre pediremos más. Una cosa es detener el desmantelamiento de los derechos paternos y las paradojas que esto eventualmente provoca, y otra cosa es el incurable llamado a lo que vendría a asegurar la consistencia del sistema como tal. Con este derecho al padre sólo encontramos un monoteísmo jurídico laico.

El mejor aliado del psicoanálisis es sin duda el psicoanálisis mismo, en su efectividad. Lacan distinguía respecto a esto el psicoanálisis puro y el psicoanálisis aplicado. Contrariamente a una costumbre según la cual la aplicación del psicoanálisis apuntaba a un desciframiento de las producciones de la cultura

en el marco edípico y pulsional, se trataba para él de aplicarlo en el campo de la medicina: “terapéutica y clínica médica”. Se espera de nosotros -decía-, la crítica de nuestros resultados, la puesta a prueba de nuestras categorías y el examen de nuestros proyectos terapéuticos. Nosotros retornamos estos tres registros, explícitamente propuestos por Jacques Lacan en 1964 como los de la “Sección de psicoanálisis aplicado” de su Escuela.

De este modo proponemos examinar la inserción actual del psicoanálisis en todo el campo producido por la *re-engineering* de la distribución de los cuidados psiquiátricos. La transmisión y la transferencia de los cuidados o la recepción en “lugares de vida” fuera del hospital crean toda una zona donde el psicoanálisis puede hacer escuchar proposiciones positivas. .

El psicoanálisis no es “para todos”, no tiene su lugar en todos lados, pero en todos lados puede recordar que el sujeto surge de la palabra -ser hablante, ser hablado, *hablante ser*. A través de los años y las culturas, las estructuras clínicas y las lenguas, evalúa la potencia de la palabra, propone una alternativa al peso angustiante del determinismo científico que no es la esperanza de un milagro. Sitúa el campo de lo necesario, mantiene el lugar de lo contingente.*

NOTAS

* Eric Laurent tuvo a su cargo la edición de los cinco primeros números de la revista *Mental. Revue de psychanalyse appliquée et de santé mentale*, publicada por la Escuela Europea de Psicoanálisis, y en tal carácter escribió las respectivas notas editoriales que aquí se publican. Esta corresponde al N° 1, de junio de 1995. Versión corregida de la traducción de María Inés Negri. (N. del E.)